

HACER VISIBLE LO INVISIBLE: CUANDO UNA TRAYECTORIA EN HERIDAS CRÓNICAS CONFLUYE EN LA CONDICIÓN DE CATEDRÁTICO DE UNIVERSIDAD

DOI: S1134-928X2026000200001

José Verdú Soriano

Enfermero.

Catedrático de la Universidad de Alicante.

Miembro del Comité Director GNEAUPP.

A lo largo de estos casi 27 años de dedicación a la docencia y la investigación en el ámbito de las heridas crónicas, el camino no ha sido lineal, sino una confluencia de experiencias, preguntas y compromisos sostenidos en el tiempo. Alcanzar hoy la condición de catedrático de universidad es, sin duda, un hito profundamente significativo en lo personal, pero también la expresión de ese proceso compartido en el que han ido convergiendo la práctica clínica, la generación de conocimiento y la vocación docente.

Hay imágenes que permanecen en la retina: habitaciones en silencio; miradas que preguntan, sin palabras, cuánto tiempo más; profesionales inclinados sobre una herida, intentando no solo tratarla, sino comprenderla, y, sobre todo, la sensación persistente de estar ante un problema tan presente como, al mismo tiempo, profundamente invisible.

Las heridas crónicas no son solo lesiones que cicatrizan lentamente, son tiempo detenido, sufrimiento sostenido, dependencia y un impacto profundo en la vida cotidiana de quienes las padecen. Y, sin embargo, han ocupado, históricamente, un espacio secundario en la agenda académica, en la investigación y, en ocasiones, en la propia organización de los cuidados. Esa paradoja, la de lo frecuente y lo invisible, ha sido, en gran medida, el motor de mi trayectoria.

Desde el inicio, la pregunta ha sido siempre la misma: ¿cómo hacer visible lo invisible? La respuesta ha pasado, necesariamente, por construir conocimiento, por contribuir al desarrollo de marcos teóricos capaces de comprender la complejidad de estas lesiones, por diseñar y validar instrumentos que aporten mayor objetividad a la valoración y al diagnóstico, en definitiva, por transformar la experiencia clínica en evidencia y la evidencia en mejores decisiones de cuidado.

No es casual que, en mis primeros pasos académicos, cuando oposité a profesor titular de escuela universitaria, ya recurriera a Florence Nightingale, quien entendió como pocos que cuidar también implicaba observar, medir y hacer visible aquello que permanecía oculto a la mirada. En cierto modo, esa idea ha acompañado todo este recorrido. En esa misma línea, y como en otras formas de conocimiento, no se trata solo de describir lo que ya es evidente, sino, parafraseando a Klee, de hacer visible lo que permanece oculto.

No ha sido un camino exento de dificultades. Investigar en cuidados, y específicamente en heridas crónicas, ha significado en muchas ocasiones

avanzar contracorriente, cuestionar inercias y defender que el cuidado también es ciencia, que observar, medir, clasificar y comprender una herida es, en sí mismo, un acto de generación de conocimiento, y que ese conocimiento tiene un impacto directo en la vida de las personas.

A este recorrido se suma, además, un elemento que hace no tanto tiempo habría parecido inalcanzable. La posibilidad de alcanzar el máximo nivel académico en la universidad desde el ámbito de la enfermería y, de manera aún más específica, desde un campo como el de las heridas crónicas, representa en sí mismo un cambio de paradigma. Durante años, quienes hemos dedicado nuestra labor al cuidado, a la docencia y a la investigación en este ámbito hemos desarrollado nuestro trabajo en contextos donde este reconocimiento no solo era improbable, sino difícilmente imaginable. Que hoy sea una realidad no es únicamente un logro individual, sino la evidencia de que algo está cambiando: que el conocimiento generado desde el cuidado empieza, por fin, a ocupar el lugar que le corresponde dentro de la estructura académica.

Por eso, este momento no puede interpretarse como un punto final. Es, más bien, un punto de inflexión, una oportunidad para consolidar lo construido, impulsar nuevas líneas de investigación, fortalecer la formación de quienes continuarán este camino y situar las heridas crónicas en el lugar que merecen dentro de las prioridades de salud.

Pero, sobre todo, es un reconocimiento colectivo de quienes han compartido estos años de trabajo, de quienes han contribuido al desarrollo de modelos y herramientas, de quienes han investigado, enseñado y cuidado desde espacios muchas veces poco visibles, y, especialmente, de las personas que viven con heridas crónicas, cuya experiencia ha dado sentido a cada pregunta, a cada estudio y a cada avance.

Porque, en el fondo, todo se resume en esto: hacer visible lo invisible, dar forma científica a aquello que durante años se percibía, pero no se nombraba, convertir el cuidado en conocimiento, y el conocimiento en mejores cuidados.

Hoy, tras casi tres décadas de dedicación, esa trayectoria no se cierra, sino que confluye en una nueva responsabilidad, la de seguir avanzando, la de consolidar lo construido y la de contribuir a que lo que durante tanto tiempo permaneció en la sombra ocupe, de manera definitiva, el lugar que le corresponde. Porque hacer visible lo invisible no es un objetivo alcanzado, sino un compromiso que continúa ■